

LA UNIVERSIDAD DE LA ERA DEMOCRATICA EN LA ENCRUCIJADA

Roberto Donoso (1)

La verdad está tan oscurecida en este tiempo,
y la mentira tan establecida, que a menos de
amar la verdad no se la podría conocer.

Pascal

I. LAS TRANSICIONES INEVITABLES

Cualquier reflexión a propósito de la Universidad pasa, necesariamente, por considerar las transiciones que le sirven de telón de fondo. La primera de ellas se refiere al cambio de siglo, aunque más rigurosamente deberíamos referirnos al cambio de época, pues, entre uno y otro hay notables diferencias. El cambio de siglo, por ejemplo, corresponde a un hecho casual, fortuito, o si se quiere, azaroso. De no haber sido por la decisión del senado romano imperial, no estaríamos comenzan-

do el tercer milenio, o si perteneciéramos a otra cultura y nos rigiéramos por otro calendario, el año dos mil no sería tal. Sin embargo, más por coincidencia que por otro motivo, lo cierto es que somos testigos y protagonistas de la transición a una nueva época, cuya singularidad se manifiesta en todos los ordenes de vida. En cualquier caso, se trata de un tránsito, de un cambio cuya virtud esencial, a nuestro entender, consiste en haber puesto en tela de juicio el conjunto de creencias que se tenían asumidas, los modelos que aparecían como incuestionables, los principios que regían la vida de las personas, los discursos que se aceptaban como válidos porque contenían “verdades científicas”. En definitiva, es la cultura fundada en el progreso, la razón y su potencia la que ha quedado en entredicho porque sus efectos para la humanidad, tiene un saldo negativo que ensombrece sus logros.(2) En adición, la transición más evidente, la que más nos afecta y que arropa a las demás, se refiere a la nueva fase de acumulación del capital que ha exigido el fin del Estado de Bienestar, la drástica reducción del gasto social, la privatización de todas las actividades privatizables, salud y educación incluidas, y la incorporación de las naciones al circuito mundial de producción, comercio y consumo mediante una exacerbada competitividad en el mercado con productos de “calidad”. Para cumplir estos propósitos se exige la “desregulación” de la economía, la descentralización del Estado y la flexibilización del trabajador. Y sin que corresponda a una decisión consciente, lo cierto es que estamos situados en una particular posición de gozne, de bisagra, que permite protagonizar de manera dramática, el cierre de una etapa y al mismo tiempo vislumbrar otra. Desde esta privilegiada y comprometida situación, someramente descrita, debemos intentar el ejercicio de pensar la universidad

II. TIEMPO Y ESPACIO COMO COORDENADAS FATALES.

Puesto que los hombres somos más hijos de nuestro tiempo que de nuestros padres, la universidad en tanto creación

humana y para humanos, sintetiza la impronta de los tiempos que fueron, y en ciernes, los que serán. El futuro impone como condición inevitable examinar lo que ha sido el pasado. El futuro hunde sus raíces en el pasado, y el presente no es más que el inestable equilibrio entre dos momentos del devenir. De manera que avizorar lo que la universidad puede ser pasa por entender lo que ha sido. Si ponemos así las cosas, lo cierto es que la institución universitaria asumió las tareas y cargas que el sistema político le impuso, en especial bajo el periodo democrático que se prolonga hasta nuestros días, al extremo de ostentar en América Latina el envidiable título de ser la venezolana la democracia más antigua. Se trataba, en primer lugar, de una responsabilidad política de primera importancia: legitimar el nuevo orden social surgido tras la caída de la dictadura, justificarlo ante los ojos de la población para hacerlo válido y socialmente aceptado por sus bondades y efectos positivos. La educación en general, y la educación superior de manera preferente, pasó a cumplir el papel de poderosa palanca de ascenso social, de referente empírico para la nación venezolana de una renovada y democrática distribución del ingreso nacional. Se puede afirmar, sin muchos riesgos, que la naciente democracia venezolana tuvo por apellido la educación, porque se apostó a la función social educativa como el medio más efectivo, entre otros, para materializar los postulados democráticos. Las cifras de expansión del sistema educativo en la primera década democrática, son una muestra fehaciente de lo que decimos. De esta forma, la universidad que se prolonga hasta nuestros días, como siempre ha sido, tuvo una importante tarea política que es necesario tenerla presente, porque aquí va estar una de las grandes paradojas que hasta hoy aqueja a la institución. En efecto, la universidad del periodo democrático fue uno de los soportes políticos del sistema, y sin embargo, curiosamente, su mayor debilidad se manifiesta en la ausencia de capacidad política. Primero, porque los partidos que estuvieron en la base del proyecto democrático venezolano, a pesar de sus principios, pronto se hicieron obesos de pragmatismo y escuálidos de

doctrina; segundo, porque la academia, paradójicamente, no fue un motivo central de las preocupaciones doctrinarias de aquéllos partidos, quizás porque se creyó que los universitarios estaban en condiciones de formular una propuesta política; tercero, porque se asumió que reiterando las banderas de Córdoba, en especial la defensa de la Autonomía, ya se contaba con el respaldo político que sustentaría el proyecto universitario. Así entonces, la universidad entró en la liza nacional con claras tareas políticas pero al mismo tiempo carente de una política académica. Su fortaleza fue al mismo tiempo su debilidad, al extremo que su capacidad para incidir en las decisiones del Estado fue nula, y por el contrario, tuvo que plegarse sin más alternativa, a los dictados que emanaban de las autoridades centrales.

Amparada en su autonomía, la Universidad tuvo su máxima expresión política reivindicando el discurso político de la época, es decir, aquel que enarbolaba la izquierda y que reclamaba un lugar para los "condenados de la tierra". Así, cuando la experiencia guerrillera llegó a su fin y la pacificación se alcanzó, los jóvenes comprometidos en la lucha armada encontraron en la universidad un espacio de vida y realización, de continuidad y cambio simultáneamente. La universidad fue el escenario para hacer lo que no se pudo alcanzar en la lucha frontal. En sus claustros y desde ellos se levantaron consignas, arengas, panfletos y discursos que encontraron escasa convocatoria en la población que miró a la universidad con respeto, pero que no siguió sus llamados. Quizás pueda afirmarse que este fue un momento estelar de la universidad venezolana, al menos en lo que se refiere al compromiso social, porque la sensibilidad, la responsabilidad, la postura contestataria frente a las injusticias y deficiencias del sistema, y la solidaridad con las naciones que buscaban caminos emancipatorios, estaba a flor de piel. Entonces, la discusión tenía un trasfondo de ideas, de utopías y proyectos que impedían la apatía, el desinterés, la indiferencia, aunque el blanco favorito fue el gobierno de turno. La

práctica académica fue capaz de albergar junto al rigor de la ciencia, paralelo a la dedicación al estudio, la lucha por la justicia social, la defensa de los excluidos. Por su parte, el Estado en manos de partidos políticos pobres en doctrinas y ávidos de proselitismo no tuvo otra respuesta que crear su propia zona de influencia para lo cual promovió unos institutos de educación con dependencia directa del Ministerio respectivo, es decir, una nueva posibilidad de ejercer dominio y control mediante el reparto de cargos. La educación superior sufrió una fractura bajo la forma de universidades autónomas, por una parte, e institutos dependientes del Ministerio y obviamente, sin autonomía, por otra. El subsistema funcionaba desintegrado y en abierta competencia. Y por más que se intentara armonizar las partes mediante leyes orgánicas, la ruptura repelía cualquier posibilidad de integración. Un botón de muestra nos permite ilustrar la afirmación precedente. En un tema de tanta importancia para las generaciones futuras como lo es el de la formación de los docentes, las universidades autónomas prepararon "licenciados", y los institutos pedagógicos, dependientes del ministerio, "pedagogos", y entre unos y otros se estableció una rivalidad cuyos efectos los percibimos, por ejemplo en los diferentes gremios que los agrupan, a pesar que cumplen funciones similares. En definitiva, todo el sistema educativo nacional, como ya está dicho, fue puesto en función de promover la movilidad social, para lo cual la "gratuidad" fue un principio que se mantuvo sin oposición ni resistencia. Sin embargo, su diseño en forma piramidal, rígida y sin salidas intermedias atentaba contra los propósitos que se le asignaron. Así asistimos a la gran paradoja que significó que se pusieran todas las expectativas en el sistema educativo como factor de promoción social y al mismo tiempo se le estructurara como una larga y sacrificada carrera de obstáculos cuyo premio se encontraba si y sólo si, se alcanzaba la meta en la universidad. El sistema educativo de la democracia nació con loables propósitos que los hechos se encargaron de convertir en retórica.

III. EL CAMBIO DE LOS ESCENARIOS

A pesar de los conflictos, que incluso en algunos momentos llegaron a ser álgidos, lo cierto es que se vivió una satisfactoria luna de miel entre la universidad y el Estado. Todo funcionó sin contratiempos mientras los recursos económicos fueron abundantes, pero cuando el fantasma de la crisis del sistema capitalista dejó de ser una amenaza y se convirtió en una realidad que golpea brutalmente, en especial a las naciones "en vías de desarrollo" y dentro de ellas, a los más desvalidos, hemos debido despertar abruptamente a un nuevo escenario cargado de lúgubres augurios. El idilio se rompió y el conflicto se hizo patente, en especial cuando la universidad vio cercenado su presupuesto al mismo tiempo que una galopante inflación disminuyó el poder adquisitivo. El recetario para resolver la crisis de acumulación elaborado por los organismos internacionales, en especial los financieros -Banco Mundial, Banco Interamericano de Desarrollo, Fondo Monetario Internacional- se aplica de manera ortodoxa en casi todos los países de América Latina, en especial los del cono sur del continente, pues, la dictaduras facilitaron y permitieron su expansión sin mayor oposición. En síntesis ha consistido en darle protagonismo al mercado, minimizar el tamaño del Estado y permitir el libre juego de la iniciativa privada.(3) De esta forma lo que en el pasado reciente se consideró como parte de la solución, ahora es parte del conflicto, lo que se interpretó como una satisfactoria tarea para la educación superior, cuando las condiciones han cambiado, se transformó en una de las tantas perversiones cuyos efectos hoy se viven con intensidad. La expansión educativa, su política de "puertas abiertas", que fue parte integral y fundamental de un proyecto socioeconómico, político y cultural, la retórica educativa que posibilitó una alianza de grupos, clases y factores de poder para la expansión y expresión del sistema democrático, por efecto de la crisis pasa a interpretarse como el lado más perverso y negativo de un proyecto que se ahogó en sus propias contradicciones e inconsecuencias. Des

cubrimos el enorme desfase entre el crecimiento matricular y la imposibilidad de continuar creciendo. Los límites de la capacidad financiera del Estado para las universidades se hacen visibles, y en consecuencia, la educación superior pública no puede continuar su expansión a menos que se esté dispuesto a sacrificar símbolos tan caros a los ojos del pueblo venezolano como es la gratuidad. Y en verdad nadie está en condiciones de asumir un riesgo tan grande por cuanto autonomía y gratuidad son principios políticamente explosivos si no se manipulan con sumo cuidado. Ahora la universidad ha sido llevada al banquillo de los acusados. Sus fiscales, que han surgido de todos los sectores sociales, incluso de los mismos que ayer se beneficiaron de su expansión, la acusan de dispendiosa, ineficiente, reivindicativa, populista, clientelar, partidizada, con frecuentes prácticas de amiguismo y grupalismo, carente de espíritu crítico, conservadora, incapaz de transformarse, corrompida, entre otros señalamientos. En definitiva la severa crisis por la que atravesamos, y que todo indica será de onda expansiva larga, ha puesto al desnudo lacras y vicios que por tiempo se subsumieron en el goljorio de la bonanza económica aunado a un irracional y no planificado crecimiento del sector educativo superior.

La universidad que por tanto tiempo estuvo al margen de las sospechas, vive horas menguadas porque como parte de un componente mayor, no podía ni debía ser una isla. Se trata de una constatación simple, de perogrullo quizás, pero de un enorme realismo. Los vicios que se le imputan a la universidad no son exclusivos de ella, sino parte de un modo de hacer política en el que las doctrinas, las utopías, los grandes proyectos fueron, y probablemente son, los grandes ausentes. Muchas son las evidencias que se pueden mostrar para constatar que la Universidad, a pesar de su proclamada autonomía, no es más que un retazo, un átomo de la compleja galaxia nacional y por lo tanto no podía escapar a las grandezas y miserias, a la lozanía y decrepitud, a la magnificencia y miseria de los tiempos. Las

imperfecciones y vicios que se imputan a la universidad no han sido diferentes de las prácticas que se hicieron en y desde el Estado. La única alternativa que la universidad tuvo para haber sido esencialmente diferente fue haberla aislado en una burbuja de aire que permitiera mirar el acontecer nacional pero no contaminarse con él. Y a pesar de este cuadro negativo, la universidad puede exhibir un conjunto de aportes, iniciativas y creaciones que muestran el enorme potencial que encierra en sus claustros. Por ejemplo, sin ir muy lejos, se estima que alrededor del sesenta por ciento de la actividad científica nacional corresponde a la universidad

LOS "NUEVOS" TIEMPOS.

En este contexto de limitaciones, desafíos, amenazas y estrecheces las expectativas para revertir tal estado se han puesto en el mercado. Mediante la apertura de la economía al circuito mundial de producción, comercio y consumo, se asume que se estimulará un aparato productivo altamente eficiente. Se trata de la globalización entendida como el crecimiento de la actividad económica mediante la conquista del mercado interno, regional y mundial. La globalización es la tarjeta de presentación de la nueva reorganización capitalista, el reacomodo que el sistema ha debido experimentar para superar su estancamiento. Muestra la creciente interdependencia existente entre el mercado, los sistemas comunicacionales altamente tecnificados, la competitividad en el comercio con productos de calidad y la universalización monetaria y financiera. Es importante tener presente que para hacerla efectiva se requiere la participación del Estado mediante un conjunto coherente de políticas públicas que faciliten y estimulen en las empresas la transición a nuevas formas de producción, de gestión, la innovación tecnológica, en definitiva, la competitividad. Con tal propósito resulta recomendable establecer pequeñas tasas de intereses, crecimiento económico acompañado por bajos índices inflacionarios, y todo, en un contexto que garantice la seguridad

jurídica y el conflicto social se reduzca a su mínima expresión. En estas condiciones la inversión debe fluir y con ella la creación de nuevas empresas, que a su vez desarrollarán originales formas de producción hasta lograr un círculo virtuoso de inversión-prosperidad-empleos-calidad de vida y así sucesivamente. Importa destacar que la retórica globalizadora no se limita al campo económico sino que invade otros ámbitos, pues, necesita de soportes que la sustenten. Por eso la invocación al fomento del capital humano,(4) la formación de una mano de obra altamente adaptable a las cambiantes condiciones del mercado, la difusión y creación de conocimientos como base fundamental para la transformación tecnológica, los incentivos a la capacitación de los trabajadores en las propias empresas, y en general, la acreditación a través de la capacidad mostrada en los hechos antes que la certificación de escolaridad, todo lo cual se sintetiza en un trabajador dotado de destrezas múltiples. De aquí a formular "sugerencias" directas con relación a lo que debe ser la educación, hay sólo un paso. El primer llamado es para que la educación rompa el rígido marco que plantea la formación especializada y los sustituya por la formación de un recurso humano con destrezas para la resolución de problemas; con capacidades para la intervención en grupos de trabajo; con habilidad para la comunicación interpersonal; con disposición mental a cambiar de empleo, a buscar empleo, a crear empleo. En suma, la aspiración es que todos los trabajadores, en lo posible, se conviertan en empresarios, es decir, que estén dotados para desarrollar emprendimientos, para desplegar la iniciativa, percibir las oportunidades que el medio ofrece para la actividad económica.

Someramente expuesto, tal sería el fondo del planteamiento globalizador sustentado en la economía de mercado y en el régimen político de la democracia liberal. Tales son las bondades que ofrece, que se ha llegado a sostener el "fin de la historia", pues, después de la economía de mercado y de la democracia liberal, nada más hay que esperar. (5)

Aun cuando no es este el momento ni la oportunidad para el análisis de estas propuestas de la globalización, sin embargo debemos hacernos cargo de algunos de sus dichos que resultan seriamente desmentidos en los hechos o son de cuestionable validez. Por ejemplo, es innegable que la incorporación de tecnología de punta ha creado nuevas posibilidades en todos los ordenes de la vida. Pero también es cierto que hoy la desocupación afecta a amplios sectores de la población, y más aun, ha cambiado profundamente el concepto de trabajo. La tecnología microelectrónica mediante la informatización y la robotización permite ampliar las capacidades intelectuales asociadas a la producción, y por esta vía sustituir, mediante robots, gran parte de las tareas de los trabajadores, ahorrando energía y tiempo. El resultado es el desplazamiento de la mano de obra. Hasta el año de 1997, según cifras de la OIT, había en el mundo 800 millones de parados, un tercio de los cuales no volverá a encontrar más trabajo en su vida, porque son viejos, es decir, tienen más de 35 años, o bien, simplemente porque no se adaptarán a las nuevas condiciones del mercado laboral. Sólo en los países de la OCDE hay 35 millones de desempleados con un pronóstico nada favorable que haría incrementar esta cifra en el orden de los 2 millones anualmente. En la comunidad Económica Europea el paro ya se eleva a 17 millones, es decir, el 10,5 % de la población activa.(6) Cada año se incorporan al mercado de trabajo 80 millones de jóvenes. Estas cifras globales nos alertan respecto a una situación que impide el optimismo, y cuando el examen se efectúa país por país, el panorama resulta más sombrío aún, excepto en la nación más poderosa del planeta, los Estados Unidos, donde en los últimos 24 años se ha logrado una cifra récord de desempleo de apenas un 4 %. La situación es sumamente compleja por la contradicción que encierra. Prescindir de los avances tecnológicos por los problemas que acarrea, no resulta una recomendación atractiva. Ignorar el drama humano que representa la desocupación, es insensible y cruel, además de poner en riesgo la estabilidad social de las naciones. Entonces, la pregunta inevitable es ¿qué

hacer?. Y para responderla debemos ingresar al complejo universo de las opciones políticas, de las filosofías, de las escalas de valores, de los movimientos sociales, de las correlaciones de fuerza, entre otros factores necesarios de considerar. Sea como fuere, en el cambio radical en las fuentes de trabajo uno de los factores de mayor influencia ha sido la incorporación de los ordenadores, que efectivamente desplazan mano de obra. Con razón, el sociólogo Castell ha utilizado una feliz caricatura para anunciar la fábrica del futuro. La describe señalando que tendrá un gran computador, un hombre y un perro. El ordenador será capaz de manejar todos los procesos productivos. El hombre se encargará de darle comida al perro, y el perro cuidará que el hombre no le meta la mano al computador para dañarlo. La historia se vuelve a repetir: la máquina expulsa al maquinista con el agregado que ahora la capacidad de expulsión de mano de obra es mucho más potente.

Este dramático cuadro que significa el desempleo, no obstante, tiene defensores a ultranza que han llegado a sostener que al fin, la humanidad ha llegado a una sociedad paradisiaca donde cada vez se necesita menos trabajo y por lo tanto, hay mayor tiempo libre para el ocio. Esta perversa interpretación olvida que un hombre sin trabajo se convierte en un paria social.

Desde la universidad el problema del desempleo también se vive angustiosamente. Los profesionales egresados de la universidad, en sus distintas modalidades, confrontan la situación de desempleo en forma brutal. Hoy en día estamos en presencia de un grupo social apto técnica y humanamente para trabajar, pero que carece de fuentes de empleo. Ha surgido una especie de proletariado con títulos, de desempleados letrados, de profesionales sin posibilidad de ejercer la profesión. Se están creando las condiciones para que el desencanto y la frustración hagan presa a jóvenes que por sus características tendrían derecho a un mejor trato.

Como consecuencia de los efectos de la aplicación de tecnología hay un aspecto que es necesario tener presente. Toda tecnología se utiliza o aplica en un contexto social específico, de manera que su incorporación pasa por el grado de aceptación social que tenga, lo que muestra que el progreso técnico no se reduce solo a la innovación, sino fundamentalmente a su aceptación. Y si tal como lo vemos, la utilización intensiva de tecnología está creando serios problemas sociales, la responsabilidad de este deplorable cuadro hay que buscarla en la raíz del sistema, es decir, en la competitividad extrema que fomenta. En efecto, el progreso tecnológico permite un incremento permanente y acelerado de la productividad del trabajo, del capital, y en general, en todos los procesos donde interviene se generan nuevos productos, servicios y formas diferentes de producir. Así se explica el uso intensivo de la tecnología en condiciones de competitividad extrema. Pero, cuando se asume que es neutra y que no está comprometida ni al servicio de determinados intereses políticos, deja de ser tal para transformarse en ideología con un rancio olor reaccionario. Luego, no se trata de condenar a la tecnología, sino al sistema que la promueve y sustenta.

En nuestro mundo la presencia de la tecnología es tal, que inevitablemente se ha producido un cierto fetichismo tecnológico manifestado en una actitud de reverencia frente a los enormes efectos que provoca. Para la mayoría de la población, que se relaciona con la tecnología a partir de referentes empíricos y de utilidad, la ausencia de información respecto a los principios, sistemas, materiales que entran en juego en la elaboración y funcionamiento de los artefactos, provoca tal efecto que la reacción frente a aquéllos es una mezcla de candor y fe ciega en su potencia. Nos hemos llegado a convencer que todos los problemas serán resueltos mediante la tecnología. Es cuestión de tiempo y no de un tiempo lejano sino en un horizonte que ya se alcanza a vislumbrar. Por eso tendemos a quedarnos extasiados frente a los desarrollos tecnológicos lo cual genera

un eufórico optimismo que se traduce en la confianza que mediante la técnica nos liberaremos de los trabajos rutinarios, desagradables y pesados. La otra cara de esta moneda es el pesimismo que lleva incluso, a posturas románticas que predicán el retorno a tiempos pretéritos porque la tecnología nos ha traído desde la alienación hasta la destrucción del medio ambiente, pasando por el agotamiento de los recursos al extremo de admitir que el remedio es peor que la enfermedad. Sigue sin resolverse la gran interrogante, ¿qué hacer?

LA RESPUESTA UNIVERSITARIA

Frente a una situación cuya fuerza es superlativa, la globalización se impone sin que queden espacios para posturas alternativas. Sus efectos se patentizan en todos los ordenes de vida, en todas las áreas sociales y directamente en la economía. Reconocer el sentido inevitable que tiene la globalización, al menos en las actuales coyunturas políticas internacionales, no significa adhesión irrestricta, pues, una vez más constatamos que hay sectores y naciones favorecidas y países y grupos humanos duramente golpeados.

Cada uno de los requerimientos que impone la globalización tiene efectos directos sobre los sistemas educativos, y de manera específica sobre la educación superior, que hasta el presente momento se han intentado resolver mediante la Reforma de la Educación. Tan es así que el Banco Mundial ha liderizado las propuestas de Reforma educativa y lo que es peor, ha condicionado sus préstamos a la aplicación de las mismas. En el caso de la universidad específicamente, la UNESCO ha convocado a Conferencias regionales y mundiales, la más reciente es la de París de 1998, en las que se ha discutido con profundidad las alternativas posibles para una institución que en todas partes del mundo confronta problemas similares y que tienden a agravarse, pues, para los propósitos de la globalización la institución que más le sirve es la escuela básica. Por eso la

universidad ha sido duramente golpeada por los organismos de financiamiento, y los gobiernos con criterios ortodoxos han aplicado las recomendaciones del ente financiero.

El punto de partida es que la actividad educativa se justifica y sustenta en varios pilares fundamentales. Uno de ellos tiene que ver con la participación activa de la educación en el desarrollo nacional, y dentro de éste en el sostén y fortalecimiento del aparato productivo. Una educación que se niegue a considerar la preparación de la mano de obra para el mercado de trabajo está condenada a desaparecer. Históricamente, sobre todo a partir de la revolución industrial, la relación educación y trabajo se ha convertido en una finalidad impostergable para los sistemas educativos. En el caso específico de la educación superior esta relación es mucho más "natural" lo cual se explica porque la universidad forma "cuadros técnicos" de directa incidencia en el mejoramiento de la producción y la productividad. Por eso es que el presupuesto destinado a educación se considera inversión rentable en la medida en que la tasa de retorno, si bien es cierto es a mediano plazo, no por eso deja de ser altamente efectiva en la producción, y en general, en la mejora de la calidad de vida de las poblaciones. Más aun, el tránsito de la universidad esencialmente académica a la profesionalizante no encontró mayores resistencias y se convirtió un hecho "simple" en tanto respondía a requerimientos sociales anhelados. Hasta el día de hoy la universidad se sustenta en el aporte que hace de diversos profesionales a los distintos campos de la actividad económica, en el conocimiento que se crea y desarrolla en sus aulas, en la preparación rigurosa de la juventud en los campos científico, técnico, humanístico y artístico. En consecuencia, oponerse a que la educación se oriente hacia la actividad económica no sólo es un disparate sino un atentado a la sociedad. Por lo tanto, la universidad debe contribuir al fortalecimiento del aparato productivo nacional. Este reconocimiento explícito, sin embargo, no quiere decir adhesión irrestricta al modelo social y

económico en boga, porque situar a la educación como vagón de cola de la economía como lo está sosteniendo el Banco Mundial, resulta una peligrosa tesis respecto de la cual es necesario tomar las distancias del caso.

Someter la universidad exclusivamente a las exigencias del aparato productivo de la nación desnaturaliza su esencia, por cuanto más allá de las dimensiones pragmáticas, que inevitablemente debe asumir, existen otras de más importancia y trascendencia aun. Se trata de la máxima aspiración de toda educación que consiste en la formación de personas autónomas, con capacidad de pensar independientemente de toda sujeción y de asumir con plena libertad los roles que la vida exige de acuerdo a las etapas de desarrollo.

Lamentablemente la debilidad política con la que nació la universidad de la era democrática, en la actual coyuntura se patentiza de manera innegable. La universidad se ha sumado de la manera más acrítica, irreflexiva e incondicional a los dictados de la globalización. Ciertamente es que las alternativas escasean, pero al menos una palabra para señalar las perversiones que ya se viven y se seguirán sufriendo, las amenazas que están latentes contra nuestros pueblos, las agresiones que el medio ambiente está recibiendo y que fatalmente repercutirán contra las generaciones futuras, sería suficiente para mostrar que la institución vive y palpita junto con sus pueblos, los avatares y vicisitudes de la época. Así como el derrocamiento del muro de Berlín marca el fin de un ensayo social y político, si alguna tarea impostergable existe, ella no es otra que derribar el muro que la universidad ha construido ensimismada en sus contradicciones intestinas. La universidad se muestra impotente porque los héroes de antaño están cansados y no aparecen generaciones de relevo capaces de tomar las banderas caídas o levantar otras. Las instancias de dirección colectiva, que se supone nacieron para señalar orientaciones, hoy se ahogan en un mar de pequeños e insignificantes problemas que una

gestión técnicamente concebida podría delegar para dejar espacios a la discusión de fondo.

Si nos detenemos a observar el nombre de cada una de las universidades públicas y nacionales (de los Andes, del Centro, del Zulia, de Carabobo, de Oriente), descubrimos que nacieron con un fuerte sentido regional, es decir, se supone que una de sus tareas principales fue servir al entorno geográfico y cultural al cual se deben. Sin embargo, en la práctica es difícil distinguir su sello regional porque las universidades no han sabido universalizar lo regional ni regionalizar lo universal. Su trabajo ha sido un esfuerzo por mimetizarse en las dimensiones universales del quehacer académico, renunciando a una especificidad, que de haberla asumido, habría dado frutos de identificación de los cuales hoy carecemos a consecuencia de la debilidad política. De esta forma el desarrollo regional no tendría los enormes desequilibrios que acusa, típicos de los países en vías de desarrollo, y podríamos contar con un país con un mayor grado de armonía y más integrado.

La impotencia política de la universidad, de sus dirigentes y gremios se muestra palmariamente en la aceptación de criterios de medición del rendimiento de los académicos (7) como mecanismo de premiación mediante el reparto, según calificaciones alcanzadas, de un determinado monto cuyos límites han sido previamente establecidos. Independientemente de todos los vicios que se han generado en las postulaciones a estos beneficios económicos, y que además son de público conocimiento, el tema de fondo, no se ha debatido porque la universidad como institución carece de respuestas, porque sus gremios existen esencialmente en función de lograr incrementos salariales. La dimensión económica, que nadie puede negar su importancia, no agota la existencia de una institución que por su propia naturaleza, por su historia, porque en ella habita un colectivo de profesionales, que dada su preparación constituye una reserva intelectual importante de cualquier nación,

está llamada a cumplir tareas que trasciendan las consideraciones pragmáticas. Cuando la institución ha sido cercada, mediatizada y luego puesto de rodillas sus gremios y dirigentes académicos, entonces, es muy poco lo que se puede esperar como aporte trascendente a una nación que está necesitada de orientaciones.

Puesto que las palabras no son ingenuas sino que trasuntan ideas, valores y conceptos, el hecho que se establezca y se acepte como criterio de evaluación los "productos académicos tangibles" muestra cómo las categorías de análisis economicista se han incorporado a la raíz de la institución. Ahora bien, si se fuera consecuente con la apreciación de los "productos" lo adecuado sería culminar en una muestra regional abierta al público al más puro estilo feria artesanal o industrial o agrícola y pecuaria. Así la población tendría la oportunidad de ver la calidad y el volumen de la producción universitaria, y muy probablemente se sensibilizaría frente a las necesidades de la institución. Por otra parte, la consecuencia, además, debería obligar a los dirigentes y propulsores de estas iniciativas económico-evaluativas a castigar a los académicos que no presentan sus productos, porque si hay "premios" para algunos, debe haber "castigos" para aquellos que se niegan o se resisten a entrar en una malvada ecuación de costo-beneficio. Así habría la oportunidad de defensa de quienes no han entrado en el concurso, lo que daría pie a un debate trascendente que debería comprometer a todos los universitarios auténticos. ¿Han pensado los diligentes propulsores de estas medidas en los efectos que a mediano plazo acarrearán?; ¿creen conscientemente que es un aporte al perfeccionamiento?. Seguramente están esperando una mejora en la "calidad" de la educación superior. Sin pretensiones taumatúrgicas ni pretender revelar el futuro, lo más probable es que de ahora en más, los académicos trabajemos en función de obtener "productos" que nos den puntajes elevados para que de esa forma el premio sea mayor, es decir, la actividad estará en función de la evaluación que entregue mejores rendi-

mientos para el baremo en la comunicación didáctica, la investigación o de extensión, antes que en un desinteresado proceso de maduración y crecimiento intelectual junto con los estudiantes. ¿Saben los autores de estas propuestas cómo se opera en las universidades de reconocido prestigio cuando se trata de reconocer los méritos a sus académicos?; ¿conocen los procedimientos utilizados en las universidades de norteamérica que normalmente se utilizan como modelo para las nuestras?

Finalmente, en este esfuerzo por mostrar la debilidad política de la academia, observemos que la propuesta globalizadora para la preparación de los jóvenes es una permanente incitación a la creación, a la creatividad, a la búsqueda de soluciones nuevas a problemas viejos. Sin decirlo, se está postulando que en el laboratorio, en el aula, en todos los espacios académicos, la actitud que debe desarrollarse es radicalmente revolucionaria, de manera que las iniciativas se desplieguen sin más limitación que las que imponga la propia naturaleza del creador. Pero he aquí la gran paradoja que significa que mientras más revolucionarios son los jóvenes en el laboratorio, en el contexto social su actitud es diferente, de menos compromiso, de mayor apatía. Para el modelo de la globalización neoliberal ser revolucionario en ciencias no se traduce en una conducta simétrica en relación con las situaciones sociales. Cómo revertir esta situación es una tarea que pasa por definiciones de orden de política académica de las cuales hoy la universidad carece.

Así hemos llegado a un momento en el que resulta impostergable que la universidad se convoque a un profundo, sereno y despiadado examen que permita consensuar un diagnóstico que sea el punto de partida para llegar, incluso, a la cirugía mayor si las circunstancias así lo imponen. Si no lo hacemos los universitarios, serán las fuerzas indetenibles de los acontecimientos nacionales lo que impongan las terapias que la universidad requiere. Cuáles son las medidas que deben

ser tomadas es una tarea que todos los universitarios debemos asumir.

El tema de la educación superior no puede ni debe seguir siendo examinado con criterios legales ni “técnicos”, como si se tratase de un problema de ajuste de piezas, traslados de partidas, cambios formales o incremento de presupuestos. Se trata de un asunto político que compromete al Estado y que en consecuencia rebasa el ámbito de los educadores para trasladarse al centro de discusión de todas las fuerzas sociales, lo cual supone que en algún momento nos interroguemos por el **proyecto de país** que queremos.

NOTAS

- 1 Profesor Titular. Facultad de Humanidades. Doctor en Ciencias de la Educación. E-mail: rdonoso@telcel.net.ve
- 2 Las grandes obras y proyectos, en general, las medidas que se han adoptado se han justificado por el mito del progreso. Se olvida que parte del progreso es la lluvia ácida, el efecto invernadero, la destrucción de la capa de ozono, la desertificación, la contaminación ambiental, la polución del aire, entre otros efectos negativos.
- 3 Obviamente, el problema es más complejo, pues, en él interviene de manera decisiva la variable política bajo la forma de ocaso el socialismo, la viable tecnológica, el desarrollo de los medios de comunicación, la crisis de acumulación del sistema capitalista, entre otros factores
- 4 Se trata de la teoría de Theodore W. Schultz expuesta en su libro *Invirtiendo en la gente* que en síntesis sostiene que el desarrollo económico y social no es tanto una variable dependiente de la disponibilidad recursos naturales, sino fundamentalmente de la calidad de los recursos humanos.
- 5 Francis Fukuyama. El Fin de la Historia.
- 6 Jesús Albarrán y Pedro Montes. El debate sobre el reparto del empleo. Cuadernos del Sur. Año 11 (20). Editorial Tierra del Fuego. Argentina.

- 7 Nos referimos a la comisión Nacional de Beneficios Académicos (CONABA) que una vez al año llama a los académicos a que presenten sus “productos académicos tangibles” para que sean evaluados de acuerdo a un baremo y luego premiados económicamente según los puntajes alcanzados. Así también, en el pasado reciente se estableció La Comisión Nacional de Mejoramiento de la Educación Superior (CONADES) que procedió de manera muy semejante a la ya mencionada Conaba.

